

Gente Menuda

PERIODICO INFANTIL



SE PUBLICA LOS DOMINGOS

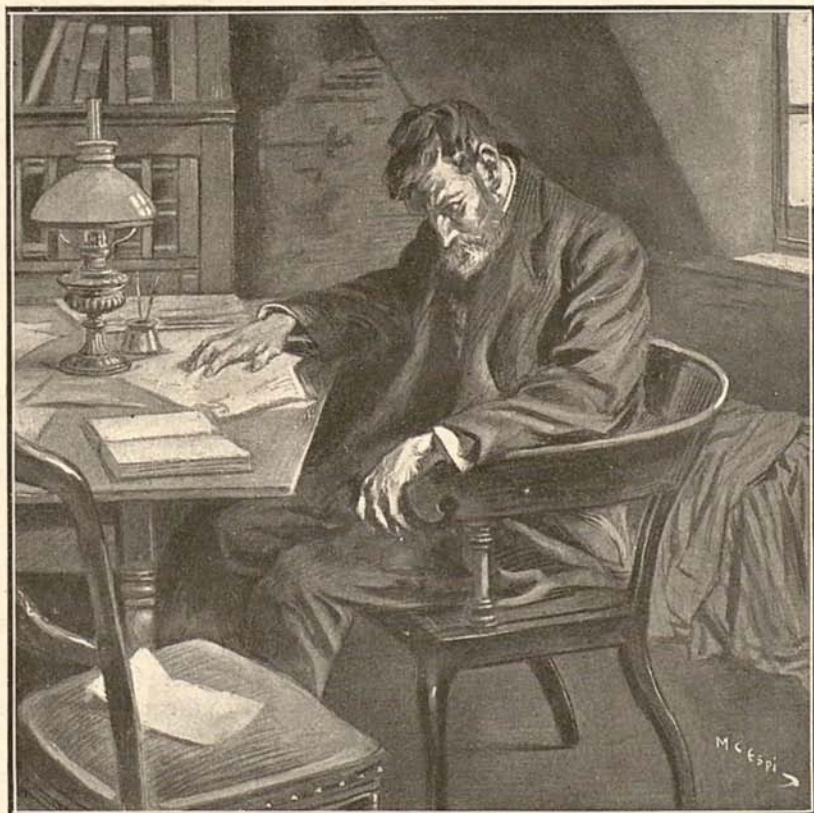


NÚMERO SUELTO, 10 CENTS

AÑO III

MADRID, 1.º DE NOVIEMBRE DE 1908

NÚMERO 44



EL LINDO ARTURO

CONCLUSIÓN

Por mi propia voluntad, y con la aquiescencia de mis padres, elegí la carrera de Medicina, y con notas de sobresaliente aprobé los dos primeros cursos. No continué los estudios que debían llevarme á ser famosísimo Galeno, porque me entró la preocupación irresistible de que yo nunca sería un buen médico...

Ayuntamiento de Madrid

¡Ah, si yo fuera militar!—me decía soñando en emular las glorias de un Alejandro ó de un Napoleón.

Hice unas oposiciones brillantes—lo brillante ha sido la característica de mi vida estudiantil—que me sirvieron para entrar en la Academia de Caballería, el heroico cuerpo que, según mis opiniones sobre la estética del traje, luce el más vistoso y guerrero uniforme.

Pocos meses faltaban ya para conquistarme el despacho de oficial del Arma, y renuncié á ser émulo de los Grandes Capitanes que figuran en la Historia... Yo no tenía espíritu bélico ni me placía la vida de cuartel, ni menos aún la azarosa de andar á sablazos con el prójimo... Y aun llegaba en mi desilusión por la carrera de las armas en encontrarle defectos al uniforme de la mía.

Calcula la sorpresa dolorosa que mi descabellada renuncia produjo en mis padres, que, ¡pobres viejecitos míos!, llevados de su infinito amor, consintieron en seguir mi veleidosa voluntad matriculándome en la carrera de Derecho... Teniendo talento y travesura—discurría yo para justificarme á mis propios ojos del pecado de inconstancia,—puede un abogado conquistarse los puestos más altos en la política; ser diputado, ministro, presidente del Consejo... Y si no en la política, en el foro... Pero después de aprenderme el Bigesto de pe á pa, me entró la aprensión torturadora de que ser abogado y no ser nada era todo uno y lo mismo...

Hoy todo el mundo es doctor en leyes — argüía.—No sólo para brillar y ser una eminencia en el foro, sino para fines más modestos: para vivir con algún decoro se necesita una gran suerte... ¡Porque cuántos abogados no se mueren de hambre y de tedio en oscuros destinos, impropios de quien posee un título académico...!

Renuncié á la abogacía y también á toda otra clase de estudios, porque coincidió terriblemente mi alocada resolución con la muerte de mi adorado padre... La miseria invadió mi hogar, y yo, que en él debía haber sido su amparador, el que continuara la marcha seguida por mi padre, fui en él un estorbo, un ser inútil, atiborrado de estudios que para nada servían, porque en vez de hacer directamente el viaje de que antes te hablaba, para ser ó médico, ó militar, ó abogado, encontrando una posición social en una de estas carreras, mariposé en ellas estúpidamente, y perdí el tiempo...

Pude rehabilitarme y trabajar para conseguir como oficinista, ó comerciante, ó en alguna otra manera, lo que no supe alcanzar estudiando, pero la falta de método y de constancia me ha traído á ser lo que soy ahora, un pobre diablo que escribe pliegos para la curia, cuando se los dan, y se achicharra en verano y se hiela en invierno y se muere de hambre en todo tiempo en una buhardilla sin haber sabido constituir un hogar; inútil para todos y para mí mismo.

En múltiples tentativas he derrochado mi talento, ¡despreciable talento!, y he sido comisionista de una fábrica de paños, agente de policía, periodista, autor dramático, zurcidor de novelones por entre-

gas, cómico de la legua, escribiente, ¡qué sé yo...!, y en ningún arte, oficio ni profesión he perseverado, en todos he sentido hastío, cansancio y aburrimiento...

Un silencio angustioso siguió á tan dolorosa confesión.

Mi pobre amigo lo rompió para preguntarme:

—¿Tienes hijos?

—Uno tengo—contesté sorprendido.

—Pues... ¡cuéntale mi historia! Cuéntasela á todos cuantos padres nozcas para que se la refieran á sus pequeños. Y diles que en la vida se ha de seguir desde niños la carrera, el oficio ó el arte que cada cual elija, según su voluntad y sus disposiciones, decididamente, en línea recta, sin desmayos... si no quieren correr la triste suerte del lindo Arturo...

D. LARRU.





· EL MARFIL

En la composición del marfil entran diversos elementos, tales como materia animal, agua, fosfato de cal y carbonato de cal.

Aunque el marfil más estimado es el que proviene de los colmillos de elefantes, y de éstos se prefiere á los africanos porque tienen las defensas más gruesas que los de la India, es lo cierto que los dientes de una porción de animales dan un marfil de superior calidad; así el de los dientes de hipopótamo, por ejemplo, es mucho más fino y más duro, pero tienen el inconveniente de ser huecos, por lo que sólo pueden utilizarse en trabajos pequeños.

También se aprovecha el marfil de las defensas de los animales antediluvianos, cuyas osamentas se deben encontrar en los terrenos contemporáneos á las grandes catástrofes que modificaron la superficie de nuestro planeta y dieron á los continentes la forma que tienen hoy.

Los colmillos de elefante de la costa de Guinea, que, como va dicho antes, son los preferidos por la industria, son más compactos y más duros que los de la India, y ha habido algunos cuyo peso ha sido de 80 kilogramos.

Al contacto del aire y del polvo pronto pierde su blancura el marfil, pero este defecto se remedia encerrándolo en una caja de cristal y exponiéndolo diariamente á la luz del sol, con lo que vuelve á adquirir el color blanco, que constituye una de sus bellezas. Un sistema algo más complicado se emplea para obtener el mismo efecto, y consiste en cepillar el marfil con piedra pómez calcinada y diluída, y cuando aún está húmedo, guardado dentro de una campana ó caja de cristal bien cerrada, haciendo que los rayos solares le bañen todos los días.

El marfil se tiñe con distintas substancias, dándole el color que se quiere que tenga, pero esto no lo hace más bello, sino quizá al contrario.

Se emplea para ajuero de muebles y en la construcción de una por-

Ayuntamiento de Madrid

ción de objetos, tales como peines, cepillos, puños de bastón, cajas, bolas de billar. Para el primero de los usos indicados es necesario obtener láminas ó planchas, y para ello hay que cortar los trozos cónicos que se sacan de los colmillos y extenderlos luego, como se hace con el cristal.

Para desbastar el marfil se emplea preferentemente la sierra, y cuando se quiere tallarlo ó esculpirlo, úsanse unos aparatos de muy diversas formas, con los cuales se va rascando poco á poco hasta tener lo que el artista quiere.

El pulimento del marfil se consigue frotándolo con greda pulverizada y luego con tiza hecha pasta.

Como al fin y al cabo es una materia que tiene un precio algo elevado, la industria ha buscado otras substancias más económicas que, por su semejanza, lo puedan substituir con éxito. Para ello se ha empleado mucho lo que se conoce con el nombre de marfil vegetal ó nuez de *tagua*, que es la parte interior de la semilla de un arbusto muy común en los grandes bosques del Perú. Este marfil vegetal se trabaja en el torno, y con él se hacen objetos que tienen el mismo aspecto que si fueran de marfil verdadero. Hay, sin embargo, un medio de distinguirlos, cual es el de echar sobre el marfil unas gotas de ácido sulfúrico concentrado; si es vegetal se teñirá de un color rosado, y continuará siendo blanco si es realmente marfil legítimo.

También substituye á éste un producto que se llama celuloide, cuyo coste de fabricación es exiguo, y que se le asemeja mucho á la materia que quiere imitar.

Tanto los griegos como los hebreos y los egipcios utilizaron el marfil como adorno para decorar salas, muebles y templos. Salomón tenía un trono de marfil incrustado de oro, y en los Museos arqueológicos se ven multitud de objetos hechos con esa materia (peines, cajas, cucharas, etc.), pertenecientes á las más remotas civilizaciones.

También emplearon los antiguos el marfil para sus escritos.

El uso de éste en las estatuas que en Grecia se hicieron, prueba lo que abundaba entonces. Fidias hizo las famosas estatuas gigantescas de Minerva, en el Partenón, y de Júpiter; una de ellas medía 12 metros de altura y 19 la otra. En estas esculturas se empleaba el marfil para representar aquellas partes del cuerpo que no cubrían los vestidos.

En Roma también usaron mucho el marfil para la escultura y la decoración. Prueba de ello es que con él hicieron una estatua de Julio César.

Los antiguos reblandecían el marfil para manejarlo, y no se tiene noticia del procedimiento de que se valían.

El arte bizantino hizo mucho uso del marfil, y en Santa Sofía, en Constantinopla, sus 365 puertas estaban adornadas con bajorrelieves de esa materia.



LAS AFICIONES DE CLARA

Esta es Clarita. ¿Os gusta? Seguramente sí, porque es preciosa. Los bucles de un rubio dorado, la carita blanca y los ojos verdes, de un hermosísimo color de esmeralda, la hacen ser una niña bonita.

Su modo de ser se diferencia bastante del de la generalidad de las niñas; ella no hace travesuras, lo que puede llamarse diabluras, y, sin embargo, ¡oh, dolor!, lleva de vez en cuando sus correspondientes azotes, y es que en este pícaro mundo muchas veces por distintos caminos se llega al mismo lugar, y Clarita llega á los azotes por lugares distintos que otros niños, pero llega. Esto la tiene bastante disgustada, porque lo cree injusto. Figúrense que se la castiga por demostrar aficiones á las Ciencias y á las Artes. ¡Un verdadero absurdo, á su juicio! Ella ha oído decir que no está bien eso de que las mujeres no sepan ganar dinero, y ha oído contar historias bien tristes de señoras y señoritas que se han quedado sin padre ó sin marido y han pasado mucha hambre y muchas penitas, y Clarita ha pensado en ser una niña que gane mucho dinero para que no la ocurran cosas tan malas.

Tuvo unos días en que se sintió escultora, ¡Qué precioso la parecía el hacer figuras! Ella no sabía cómo se harían las figuras blancas que había visto en la Exposición con su papá, pero formó la resolución de probar con todo hasta conseguir hacerlas lo mismo. Se fué á la cocina y vió con alegría unos grandes montones de manteca, tan blanquita, que parecía igual á las figuras de la Exposición; naturalmente—pensó—no cogerla y probar, sería una tontería; la cogió y se puso á amasarla muy bien encima del suelo, luego partió pedazos, y de cada uno de ellos hizo unas figuras magníficas... que no se sabía lo que significaban, pero á Clarita la parecieron tan artísticas que empezó á pal-

motear, lo que atrajo la atención de la cocinera y de la mamá. Ambas pusieron el grito en el cielo, y Clarita recibió unos azotes por el empleo que había dado á la manteca. ¡Qué sacrificios exige el arte!

Otro día se fijó Clarita en que la escultura no era nada si se comparaba con la pintura, porque ésta tiene en su favor los colores que hacen tan preciosos los cuadros. «Para empezar hay que contar con poco», pensó la niña, y se encerró en el despacho de su papá á fin de hacer sus probaturas. Escasos eran sus medios pero... ¡qué remedio! Sólo contaba con una caja de pasta de la que gastaba su mamá para limpiarse los dientes; como era de color de rosa pintaría las flores con ello, las hojas tendría que hacerlas con la tinta de color violeta que tenía su papá, y los troncos de los árboles los tendría que hacer con la tinta negra; algo raro resultaría, mas era lo único de que podía disponer. En cuanto á sitio donde pintar un bonito cuadro no se apuraba; precisamente encima de la mesa de su papá había un gran cuaderno, y aunque estaba escrito ya eso no importaba, ella pintaría encima. Así lo hizo; todo salía á las mil maravillas cuando entró su papá. ¡Santo Cristo, y la que se armó allí! Y no crean ustedes que por la tinta verde, ni por la negra, ni siquiera por la pasta de limpiar dientes, no, señor. Todo el jaleo fué por el papel; su papá dijo que eran unos *autos*, pero no unos automóviles, sino un cuaderno importantísimo de un pleito que defendía, porque el papá era abogado. Clarita ignoraba la importancia de aquellos autos, pero debía ser mucha á juzgar por los azotes que se llevó.

Ya decidió abandonar las artes que tan mal la resultaban, y pensó en que ser *médica*, como sabía que eran algunas señoras, debía ser mejor. Además, eso de curar á los enfermos ¡debía dar un gusto! Precisamente su hermanita chiquitina estaba con una cosa que llaman bronquitis, y su mamá muy apurada. Clarita pensó en seguida en lo alegre que estaría su mamá si su hijita se pusiera buena, y además la curase su misma hermana. ¡Y cuánto dinero se podría ganar curando niños de mamás que llorasen! ¡Una atrocidad! Con tan halagüeños planes se resolvió Clarita á debutar como médico sin que nadie lo supiera, y sólo para dar esa sorpresa. Cogió unos pocos polvos de arroz de los de su mamá y los mezcló con algo de agua de Colonia y otro poco de jabón de lavarse las manos, que olía muy bien, pero no acababa de saber hacer unas pastillas como las que los médicos mandan.

—Bueno—pensó—lo mezclaré con goma á ver si así se pega la masal

Lo hizo y... ¡tampoco! Así es que resolvió echarlo todo en un poco de vinagre, desleirlo bien y dárselo á beber á la chiquitina. ¡En vez de pastillas, sería jarabe! La enfermita rabiaba y pataleaba, y no quiso tomar más que dos ó tres gotas de la medicina que la presentó su hermanita. A los gritos de la chiquitina acudió la mamá, y ¡quién lo creyera! Dió unos cuantos cachetes á Clarita, y además la anunció que desde la próxima semana iría interna á un colegio. ¡Ella, que no era capaz de pensar más que en asuntos útiles! ¡Qué ingratitud!

MARÍA A. OSSORIO Y GALLARDO



LA CIUADELA DEL CAIRO

Sobre los monumentos y mezquitas de la capital de Egipto se eleva la fortaleza construída en 1166 sobre una colina dominando un magnífico panorama sobre la ciudad, el Nilo, el Desierto, las Pirámides y la Esfinge. Ha sido construída con las piedras de una de las Pirámides, y á su inmediación se ve la mezquita de Mehemet-Ali, el fundador de la dinastía de los actuales soberanos de Egipto. Sobre sus redondas cúpulas se levantan

esbeltos sus dos altos minaretes de mármol blanco. En este lugar ocurrió la matanza de los mamelucos. Invitados 470 de ellos por Mehemet-Ali á un banquete en la ciudadela, asistieron revestidos de sus más suntuosos trajes y de repente los soldados aparecieron sobre los muros y los fusilaron, salvo uno que logró escapar, montando á caballo y saltando á la carrera sobre los cadáveres de sus infortunados compañeros.



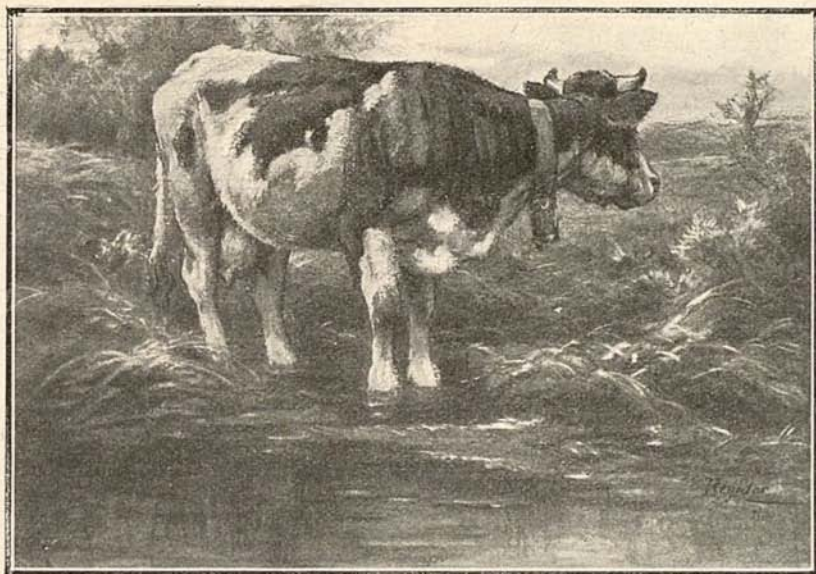
EL PRECIO DE UN PERRO

Un día en San Petersburgo una dama distinguida paseaba con un niño junto al Canal Catalina. Distraído el pequeñuelo se acercó tanto á la orilla, que, perdiendo el equilibrio, cayó al agua. Estremecida, desesperada, la madre tras él á lanzarse iba, sin pensar que de este modo hubieran sido dos víctimas. Cuando un joven que pasaba se apresuró á disuadirla de su idea, y, sujetándola, la dijo:—Esté usted tranquila, que salvaremos al niño sin que arriesgue usted su vida. —Anda, *Barbet*, pronto búscale— gritó á un perro, que en seguida se lanzó al canal, y, á poco de sumergirse, volvía trayendo á la orilla al niño junto á la madre afligida. La señora pasó entonces del espanto á la alegría, y cogió al niño y al perro y los colmó de caricias. Llegaba entonces el padre,

y, al saber lo que ocurría, tal emoción fué la suya, que, con voz muy conmovida y lágrimas en los ojos y frases muy expresivas, mostró su agradecimiento al joven, á quien debía la salvación de su hijo. —No lo olvidaré en mi vida —le repetía abrazándole,— y le suplico que admita esta muestra bien: pequeña de gratitud infinita —y sacando una cartera que mil rublos contenía, se la ofreció; pero el joven, en actitud noble y digna, la rehusó, y no hubo modo de que quisiese admitirla. —Yo no hice nada, fué el perro. —Pues bien, puesto que mi dicha la debo al can, os lo compro en mil rublos.

—No valía mil rublos mi pobre perro hace una hora; mas vista la acción salvando á ese niño, ni por diez mil le daría.

C.



LA VACA

Juanico era el rapaz más feliz que habían conocido los hermosos campos asturianos. Todos los días no tenía más ocupaciones que levantarse al alborar, zambullir la cabeza en un cubo de agua, atarugarse la boca con sendos bocados de pan y salir al campo acompañando á la *Lucera*, su hermosa vaca, que, por la gallardía de su estampa, bien podía llamarse reina y aun emperatriz de todas las vacas asturianas. Ya en el prado, mientras la *Lucera*, suelta á su albedrío, se entretenía en gulumear de acá y de allá y en escoger con sibarítica complacencia los más exquisitos bocados, el rapaz, ora retozaba hasta caer rendido, ora trepaba á los árboles gateando con simiesca agilidad, ya molestaba á las avecillas con sus gritos y silbidos, ó ya salteaba los sembrados y apedreaba los frutales del cercado ajeno hasta arrancar alguna rama ó alarmar al dueño, que salía dando más gritos que tenor en día de beneficio. Terminadas sus tareas de campestre piratería, íbase Juanico hacia la vaca, que harta ya de vagar de uno en otro sitio estaba echada sobre sus patas, con el testuz erguido y los ojos adormecidos. Acariciábala, decíala mil ternezas y acababa por tumbarse á su lado, mientras que la *Lucera* correspondía á su cariño mugiendo amorosamente y lamiéndole el cuello con su áspera lengüaza.

En esta intimidad vivieron hasta que Juanico pudo empezar á traba-

jar, y aun entonces agradábale, cuando volvía del terruño, llegarse al establo para ver á su amiga del alma, á su querida vaquiña. Pero andando los días y los años, Juanico entró en quintas y salió soldado, y como él con su trabajo era el único sostén de sus ancianos padres, determinaron éstos redimirle del servicio, para lo cual hubieron de vender, amén de una huerta, la *Lucera*, á la sazón más hermosa que nunca.

El día de la marcha de la vaca amaneció radiante de sol y espléndido de luz. Juanico, que era el encargado de llevarla al nuevo dueño, bajó al establo donde ya le aguardaban sus padres. El viejo acarició á la *Lucera* por última vez y la anciana rompió á llorar pensando en que ya no había de ordeñarla más, ni ponerle pienso en el pesebre, ni pa-



sarle las manos por el áspero pelaje. Ya en la puerta de la casuca y mientras Juanico se ponía en marcha, oyéronse dos voces:

—¡Dile al nuevo dueño que la trate bien!—exclamó la madre.

—¡Que te fijas mucho en las monedas!—dijo el padre.

Y el anciano matrimonio siguió en el umbral viéndolos alejarse. Juanico caminaba al lado de la vaca, triste y cabizbajo. ¡La pobre *Lucera*, la compañera de sus días infantiles, la que le había alimentado con su leche, iba también á redimirle del servicio...! Y pensando esto, grandes lágrimas se deslizaban por la curtida faz del mocetón...

José A. LIENGO

LA PUERTA DEL SOL

En lo antiguo, esta plaza central de Madrid, de escasa capacidad hoy para el movimiento de la vida moderna y la afluencia de carruajes, fué realmente una de las puertas de la ciudad, especie de torreón almenado, por el estilo de la que en Toledo lleva el mismo

nombre, y de los del recinto amurallado de Avila de los Caballeros. Entonces señalaba el lindero oriental de la población.

El maestro del gran Cervantes, Juan López de Hoyos, conoció esta puerta y de ella dice que fué derribada á mediados del siglo xvi «para ensanchar y desfadar una tan principal salida». Por entonces comenzaba Madrid á



Á FINES DEL SIGLO XVII

ensancharse por la parte del Este. Era en aquellos tiempos la plaza una cuarta parte de lo que es hoy, y en el sitio que ocupa el ministerio de la Gobernación existía un grupo de casuchas de mala muerte. A la entrada de la calle Mayor, donde hoy se encuentra instalado el Bazar de la Unión, estaba la iglesia de San Felipe, cuyas gradas eran el famoso *Mentidero*, tan citado en comedias y versos de la época, que era el sitio donde se reunían los desocupados y los curiosos de la villa y corte á comentar noticias, chismes y cuentos.

Siguiendo la acera de Gobernación se hallaba, á la altura de la calle de Espoz y Mina, el convento de frailes de la Victoria, y adosados á sus muros poníanse por las mañanas puestos y tenderetes de carniceros y verduleras.

El frente comprendido entre las calles de Alcalá y Carrera de San Jerónimo lo ocupaba el hospital é iglesia del Buen Suceso, que avanzaba casi hasta el centro de la pla-



LA FUENTE DE MARI-BLANCA

za actual, que había sido restaurada en 1529 por el emperador Carlos V, cuya fundación databa de 1438 con motivo de una peste que hubo en Madrid.

Frente á la puerta del Buen Suceso estaba, como se ve en uno de los grabados antiguos que reproducimos, la fuente de la Mariblanca.

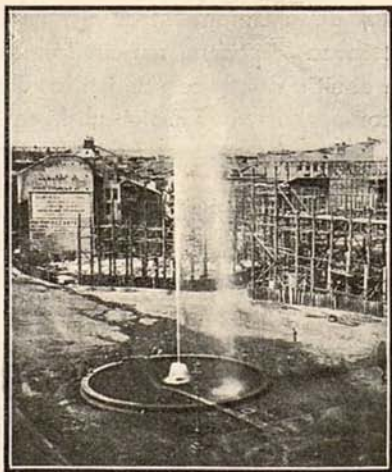


EN 1840

ceso, en cuya iglesia se veneraba una efigie pequeña traída por los religiosos hijos del venerable Obregón. El hospital, que pertenece al Real Patrimonio, fué luego erigido en el barrio de Pozas bajo la dirección del arquitecto Agustín Ortiz de Villajos. Se terminó la obra en 1868, y se abrió el templo al culto público el 25 de Marzo.

La fuente de Diana, que por ser de mármol blanco llamaba el vulgo la *Mariblanca*, fué trasladada á la plaza de las Descalzas, y en su lugar se colocó un amplio pilón con un surtidor de agua de Lozoya que llegaba á gran altura, y que fué quitado hace pocos años.

Es de lamentar que al planear la reforma no se hiciera con mayor amplitud, completando la plaza por la parte que el ministerio de la Gobernación ocupa con otro semicírculo igual al que hoy la forma, pues como decíamos al principio, la Puerta del Sol de Madrid, que cruzan varias líneas de tranvías y numerosos coches, es insuficiente.



EN 1862

QUIEN SUPIERA CONTAR...



Joaquinito estaba intentando sacar una cuenta muy difícil en el despacho de su papá.



Todo iba bien hasta llegar a 8×7 ; aquí se *atascó* el carro. ¿Cuánto sería eso...?



Y el caso es que se sabía la tabla hasta 9×9 ; lo tenía en la punta de la lengua...



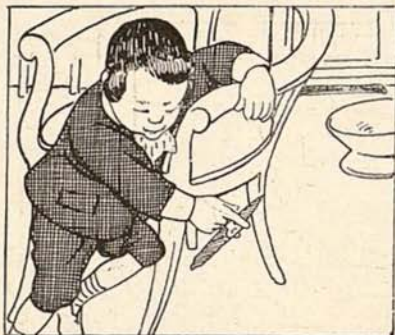
Dando vueltas a 8×7 , daba inconscientemente vueltas a todo cuanto tenía delante...



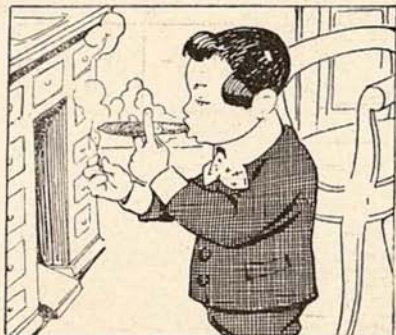
En esto tropezó con un *puro* grande, muy grande. ¡Ya quisieran los de chocolate...!



Esto debe saber muy bien—pensó—cuando papá lo prefiere siempre a los postres...



Y decidido á probarlo, se bajó del sillón para buscar una cerilla con que encender el cigarro.



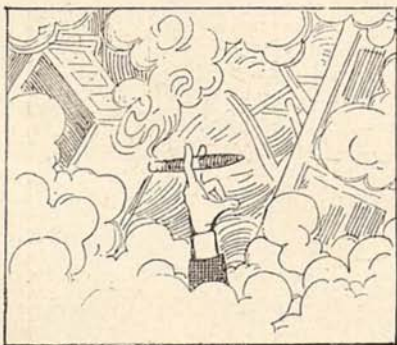
Pronto encontró lo que buscaba, y, encendiéndola, la aplicó al cigarro como un experto fumador.



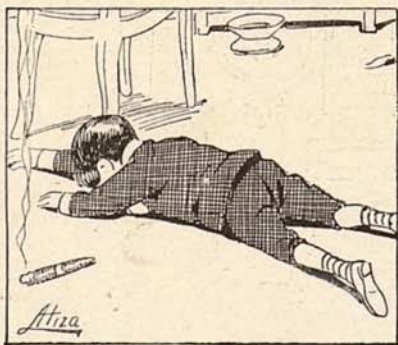
Apenas había dado dos chupadas, cuando le pareció que todo se tambaleaba, menos él.



Con el pelo erizado y los ojos en blanco vió cómo el despacho se llenaba de humo y los muebles se caían.



Fué siendo cada vez más grande su emoción hasta que desapareció entre un humo denso y un terremoto general.



Con tan horrible mareo, quedó tirado en el suelo Joaquinito, donde poco después le encontró su papá.